

## Movimiento feminista

por María Elena Oddone 

# LA TIERRA EN PELIGRO

**L**as últimas décadas se han caracterizado por un rápido desarrollo económico en los países ricos, que les ha permitido alcanzar niveles de bienestar inimaginable para los antepasados. Los descubrimientos científicos y los avances tecnológicos se han sucedido a una velocidad vertiginosa, al tiempo que creaban una fe confiada y ciega en las posibilidades de la ciencia para resolver todos los problemas futuros. Sin embargo, durante todo este tiempo se han escuchado voces aisladas que alertaban de la creciente desigualdad Norte-Sur, del agotamiento de los recursos del planeta y del grave costo ecológico de ese progreso.

Inicialmente, estas voces disonantes fueron tachadas de tremendistas, pero la veracidad de sus previsiones se ha ido imponiendo lentamente. El hombre occidental observa a diario la pobreza mortal del Tercer Mundo, al tiempo que escucha a los economistas evaluar las reservas de petróleo y de materias primas del planeta, y mientras sufre los efectos de la contaminación en las ciudades, ve como se destruyen los bosques, se envenenan ríos y mares y se perturba la atmósfera hasta límites que hacen preveer un cambio climático de inciertas consecuencias.

Pero no se trata de apreciaciones subjetivas magnificadas por los medios de comunicación. Día a día, la comunidad científica estudia los signos de la Naturaleza en sus más variadas manifestaciones buscando la incidencia de las actuaciones humanas y su extrapolación futura. Sus conclusiones son cada vez más pesimistas con respecto al grado de deterioro del eco-sistema planetario y así lo corroboran en un reciente informe alrededor de mil quinientos científicos de setenta países, entre los que se encuentran noventa y nueve premios Nobel.

Entre sus alarmantes conclusiones figura la urgente necesidad de tomar medidas para evitar que la destrucción medioambiental se vuelva irreversible. Según sus estudios sólo disponemos de una o dos décadas para poner en práctica medidas que eviten el siniestro colapso en nuestro habitat planetario. El escepticismo y pasividad que se observa en las esferas políticas, económicas e industriales ante los graves problemas

que afrontamos fue duramente criticado en el documento final de los científicos. El doctor, Henry Kendall, premio Nobel de Física señala que los países desarrollados tienen que "reducir en gran medida su actual sobreconsumo" de los limitados recursos naturales del planeta, al tiempo que deben ofrecer más ayuda y apoyo a los del Tercer Mundo. De no invertirse las actuales tendencias "el crecimiento demográfico, la pobreza y la destrucción medioambiental del Tercer Mundo provocarán durante el próximo siglo un éxodo sin precedentes de sus habitantes hacia los países desarrollados".

De hecho esto ya está sucediendo y provocando disturbios graves como las luchas por los empleos y el choque de culturas diferentes. La necesidad de modificar el actual modelo económico fue señalado por James Tobin, uno de los premios Nobel de Economía y coautor del documento. Dijo: "Es imposible que el liberalismo económico pueda corregir por sí solo los efectos medioambientales de la actividad económica".

### • Estamos traspasando los límites

Una simple mirada a los efectos del consumismo no puede ser más desalentadora. Las tierras de cultivo occidentales necesitan cantidades crecientes de pesticidas y fertilizantes que contaminan los acuíferos.

Los países en desarrollo talan sus bosques para conseguir tierras donde alimentar el ganado que consumirán los países ricos, al tiempo que abandonan sus cultivos tradicionales por monocultivos más sensibles a las plagas y a las oscilaciones de precios en el mercado internacional.

Paralelamente, las explotaciones mineras y forestales crean una riqueza efímera en los pueblos donde se establecen mientras provocan graves daños al ecosistema, entre los que se destaca la deforestación, cuyas consecuencias se aprecian a los pocos años en forma de mortíferas inundaciones a causa de la tala indiscriminada. En ambos casos la economía tradicional desaparece y una vez agotado el mineral y destruido el bosque, la población emigra a las grandes urbes cada vez más congestionadas

para ingresar en el abultado grupo de los marginales.

Junto a estos efectos existen otros menos llamativos, aunque no por ello menos importantes, como la pérdida de la diversidad biológica que ha provocado la desaparición irreparable de la quinta parte de las especies de animales y plantas de la Tierra en las últimas dos décadas.

Igualmente, la fabricación de metales a partir de minerales exige enormes cantidades de energía y deja una gran secuela de contaminación y desechos que no apreciamos porque tiene lugar en zonas apartadas.

Pero también la forma de producir la energía que utilizamos, supone una actividad contaminante desde el principio hasta el fin. La inmensa mayoría la obtenemos de la quema de combustibles sólidos (carbón, petróleo y gas) que liberan a la atmósfera grandes cantidades de CO2 lo que intensifica el efecto invernadero atmosférico y provoca un aumento significativo de la temperatura del planeta y un ascenso del nivel de las aguas del mar. Intimamente relacionado con este problema aparece la formación de una película, generalmente invisible, sobre los océanos, que dificulta su capacidad de asimilación de CO2 y que se cree, entre otras causas, que está ocasionada por las pérdidas de petróleo durante su transporte por mar, bien por accidente o durante la limpieza rutinaria de los depósitos.

Pero lo apuntado, con ser mucho, es tan sólo el comienzo del proceso de fabricación de los productos de nuestro consumo diario, proceso que no está exento de contaminación en la mayor parte de sus fases, convirtiéndose en emisiones de gases tóxicos.

### • Un futuro incierto

Las extrapolaciones no pueden ser optimistas. Los más elementales sentimientos de justicia nos exigen que el resto de la población de la Tierra participen de los beneficios que proporcionan los recursos naturales. Y lógicamente con los actuales sistemas de producción y consumo- el planeta no tiene capacidad para suministrar energía y materias primas en las cantidades necesarias, sobre todo si, pese a la estabilidad demográfica

de los países industrializados, se estima que en la presente década la población mundial crecerá en seiscientos millones de personas y llegará a ocho mil millones en el año 2050.

El sistema socio económico actual no puede garantizar el legítimo derecho de mejorar la calidad de vida de todas las sociedades y regiones del mundo, sin hipotecar el futuro de las generaciones venideras. Ante este reto, políticos y economistas se contentan con una fe ciega en los avances de la ciencia para resolver nuestros problemas futuros. Pero ahora son precisamente los científicos quienes manifiestan la necesidad de modificar, en los próximos años nuestra conducta colectiva si queremos garantizar no sólo la justicia distributiva en el planeta, sino también la persistencia del hábitat adecuado para la especie humana.

Por ello son necesarios muchos cambios. Hace falta reorientar las líneas de investigación hacia tecnologías preservadoras y no destructoras de la Naturaleza. Será necesario incorporar con rapidez a los métodos productivos los avances en ahorro energético y recursos, mucho de los cuales ya están disponibles. Asimismo se deberán introducir mecanismos económicos compensatorios que tiendan a disminuir las desigualdades entre el Norte y el Sur. Junto a estas medidas y muchas otras, es ineludible el hecho de que debemos provocar un cambio personal en nuestra escala de valores que transforme nuestro culto a la posesión por una búsqueda del bienestar de manera que el consumo sea una fuente de satisfacción personal sin que tenga consecuencias graves para nuestra generación y para las futuras. Solamente un cambio de valores puede salvarnos del holocausto.

Todo esto puede significar un cambio similar al producido cuando se pasa de una sociedad agrícola a una industrial, pero en este caso los científicos advierten sobre la rapidez que debemos imponer al proceso antes de que el deterioro sea irreversible. Quizás el ritmo vertiginoso del desarrollo científico y tecnológico de las últimas décadas proporcione las herramientas para facilitar la rápida culminación del proceso de transición. □